

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

2 DE ABRIL DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

LAS CATÁSTROFES DE SANTANDER



La segunda explosión del MACHICHACO

Ayuntamiento de Madrid

UN CRISTO VIEJO

La riqueza de D. Gelasio Garroso era un enigma sin clave para los moradores de Cebre. No podían explicarse cómo el pobrete hijo del sacristán de Bentroya había ido á la callada fincando, apandando todas las buenas tierras que salían, y redondeando una propiedad tan pingüe, que ya era difícil tender la vista por los alrededores del pueblo sin tropezar con el sembrado de trigo, el prado de regadío, el pinar ó el *brabáigo* de D. Gelasio Garroso. Molinos y tejares; casas de labor y hórreos; heredades donde la avena asomaba sus tiernos tallos verdes, ó el maíz engreía su panocha rubia, todo iba perteneciendo al ex-monago... y en la plaza de Cebre, en el sitio más aparente y principal, podían los vecinos admirar y envidiar los blancos sillares que una legión de picapedreros labraba con destino á la fachada suntuosa de la futura vivienda del ricacho.

Lo que más daba en qué pensar al vulgo era la certeza de que Garroso no había prestado á réditos con usura, ni comerciado, ni heredado á tío de Indias, ni apelado á ninguno de los medios lícitos ó ilícitos de cazar con liga á la volandera fortuna. Descartada la misteriosa procedencia de sus caudales, era la vida de Garroso clara y transparente como el cristal, y sus costumbres tan honestas, tan intachable su conducta, que ni se atrevía á rozarle la calumnia con sus alas de murciélago. No sólo no practicaba la usura, sino que solía ayudar desinteresadamente á vecinos á quienes veía con el agua al cuello; de vez en cuando realizaba verdaderos actos caritativos; no intrigaba, no se metía con nadie, ni era pleiteante, ni tirano para sus arrendatarios, ni hacía, en suma, cosa por la cual no mereciese el dictado del hombre más pacífico y recto del orbe. Notaban también su puntualidad en cumplir los deberes religiosos, en no perder misa y en rezar diariamente el rosario; y aunque no se le viese confesar ni comulgar, la gente de Cebre vivía persuadida de que lo hacía D. Gelasio durante las temporadas que pasaba en Compostela. Siempre se distinguió por su piedad el hijo del sacristán de Bentroya, lo cual era tradición de familia, pues su padre y su abuelo habían muerto casi en olor de santidad. Estos antecedentes explican el asombro de los vecinos de Cebre cuando el que no tenía sobre qué caerse muerto aparecía nivelándose en fincas y rentas con los más opulentos señores del país.

Ya supondréis que la gente de imaginación no se resignó á no inventar. Quién afirmó intrépidamente que la fortuna de Garroso provenía de un contrabando de armas durante la guerra civil; quién juró y perjuró que en un viejo Pazo había encontrado un tesoro fantástico, incalculable. Y no valía argüirles á estos novelistas improvisados con que la guerra civil se había reducido en Galicia á unos cuantos latrofaciosos mal armados de escopetas viejas, y que, en cuanto al tesoro del Pazo, no parecía verosímil que lo hubiese desenterrado Garroso, pues el único Pazo que poseía—comprado á la arruinada y noble familia de Lacunde—no pudo poseerlo hasta después de tener dineros. A pesar de esta objeción, la leyenda del tesoro fué la que prevaleció, la que obtuvo los sufragios de la multitud, la que lentamente se impuso hasta á los sensatos. Personas autorizadas aseguraban saber de buena tinta que D. Gelasio vendía secretamente á los plateros, en Compostela, pedrería y oro labrado, monedas antiquísimas, sargas de perlas y pesados joyeles de rubies, esmeraldas y diamantes.

Y la noticia era exacta. Más de una vez, y más de dos, y más de veinte—á cada desembolso motivado por nuevas adquisiciones,—realizara el viaje á Compostela don Gelasio, llevando consigo una reverenda bota de lo añejo, la clásica *morena* del país, pero *morena* preparado como los cubiletes para hacer juegos de manos, pues bajo el vino ocultaba un doble fondo en que yacían las monedas y las joyas. Los mayores y zagales de la diligencia observaban que don Gelasio no prestaba su *morena* á nadie; si asfixiados por el calor le pedían un trago, sacaba dinero y les convidaba en las tabernas.—Al llegar á la ciudad, D. Gelasio vaciaba la bota, extraía el contenido del doble fondo, y siempre á deshora, y con la reserva más profunda, entraba en una platería agazapada al pie de la catedral, y enajenaba la pedrería rica, los fragmentos de oro machacado, las onzas pelocosas de abultado peso; hecho lo cual regresaba á Cebre sin desamparar la bota. El platero guardaba silencio, porque el negocio tenía enjundia.

Lo raro es que, después de excursiones tan fructíferas, solía D. Gelasio pasarse dos ó tres días en la cama, presa de un mal indefinido, de una especie de *morriña* invencible. No llamaba médico; absorbía una dosis de quina ó una decocción de ruibarbo, y al fin se levantaba amarillo y desmembrado, como si saliese de una fiebre.—Mal pudiera explicarle al médico la verdadera causa de su

desazón, ni decirle que provenía del espanto sentido cada vez que bajaba á la cueva telarañosa donde guardaba los restos del tesoro depositado en sus manos por los monjes de Bentroya, cuando, al exclastrarlos, hubieron de emprender el camino del destierro. Y no era ciertamente que le asustase ver las monedas, la plata repujada, ni las joyas que habían adornado los altares; era que allí, en la cueva, estaba también—testimonio evidente é irrecusable de su delito—el Cristo viejo, la devotísima imagen conocida en el país por *Nuestro Señor de las barbas*.

Había sido antaño la veneranda efigie, de tamaño natural, la mejor prenda del famoso monasterio. Acudían en peregrinación los campesinos á adorarla, creyendo que las barbas de aquel rostro pálido crecían con regularidad, siendo preciso despuntarlas cada mes; que aquella angosta frente sudaba gotas de sangre, y que de aquellos ojos vidriosos, revulsos por la agonía, al descubrirse en la comarca un escándalo ó un crimen, se desprendían gotas de salado llanto.—Al saberse que abandonaban el convento los monjes, creyóse que llevaban consigo el Cristo milagroso. No era cierto. La memoria de la virtud ejemplar del sacristán, la excelente conducta de su hijo, los sugirieron la idea de confiar á éste la custodia, no sólo de la imagen, sino de todo el tesoro monacal, desde los cálices visigóticos hasta las onzas de Carlos IV. Creían los buenos monjes que aquello de la exclastración era una racha corta; que la ira de Dios caería sobre quien así profanaba el monasterio; que dentro de un año, dos á lo sumo, aplacaríase la tormenta de la iniquidad, y entrarían de nuevo en su amada casa, con el Santísimo bajo palio y pisando flores. Y hay que reconocerlo: lo mismo cerería don Gelasio.

Aguardó, pues, bastante tiempo, más de dos lustros, guardando fielmente el depósito y evitando que cualquier indicio revelase—en aquel país infestado de gavillas de salteadores—que la cueva de su humilde casucha ocultaba tal riqueza. Por precaución la distribuyó, deslizándola porciones debajo de las vigas, en huecos que él mismo abría en la pared y tapaba luego con cal y mezcla, en rincones del huerto que nadie sino él labraba, y donde enterraba muy profundas las ollas rotas atestadas de preciosidades. Pero corrieron los años; los acontecimientos políticos siguieron su curso; el magno, el sobrio monasterio de Bentroya—especie de Escorial perdido en la montaña,—empezó á cubrirse de hiedra, á tener goteras, á dar indicios de decrepitud; los moradores de Cebre utilizaron como leña de arder los confesonarios, los estantes de la biblioteca, el piso de las celdas, hasta los tallados siales del coro;... y la idea criminal que sordamente bullía en el cerebro y en la voluntad de Garroso se presentó clara y definida, apretó el cerco, se envolvió en sofismas... y logró dar al traste con la honradez. En un viaje á Compostela enagenó el contenido de la primer olla, y de vuelta adquirió la primer finca. Lo difícil es empezar. Roto el freno, nada contuvo al infiel fideicomisario.

Ningún incidente vino á recordarle que delinquía. Sin duda todos los monjes habían parecido en la exclastración; quizás—y es verosímil—sólo uno de ellos, el abad, que entregara á D. Gelasio el tesoro, sabía el secreto; y el abad tenía setenta años y era propenso á la apoplejía. Lo cierto es que nadie se presentó á reclamar nada, y don Gelasio hubiese gozado de tranquilidad absoluta en el crimen... á no ser por el Cristo viejo, *Nuestro Señor de las barbas*, que tanto le habían encomendado los monjes, y que dormía en la cueva, descolgado de la cruz, envuelto en un sudario polvoriento ya. A cada nueva sangría al tesoro de los monjes, aplicada á satisfacer la codicia; á cada heredad con que redondeaba sus bienes; á cada viaje á Compostela para desprenderse de monedas ó joyas, D. Gelasio, enfermo de pavor, soñaba noches enteras con el Cristo, y le veía sacudir la envoltura y surgir pálido, barbudo, ensangrentado y horrible. Todos podían ignorarlo; podía no alzarse en la comarca una voz para condenar á Garroso; nadie le señalaría con el dedo, porque nadie sabía el infame origen de sus riquezas... pero bien lo sabía *Aquel*, el del costado herido y los pies taladrados y la barba luenga, el de la cara livida y los desmayados ojos.

Quedábale á D. Gelasio el recurso de hacer astillas y quemar la sacra imagen... ¡Ah! no se atrevía: había mamado con la leche y llevaba en las venas el respeto y la devoción á *Nuestro Señor de las barbas*, la imagen soberana, milagrosa, en cuyo camarín ardía siempre una lámpara de oro, y cuyo altar habían desgastado los besos de la fe; y sólo de recordar que allí, en su cueva, reposaba el largo cuerpo desprendido de la cruz y envuelto en la sábana, parecido á un cadáver, se estreñecía de angustia, de espanto y momentánea contricción. No se sentía capaz ni de desenvolver el paño, por miedo á ver crecer las barbas del Cristo, y de encontrar sus ojos bañados en lágrimas. Y al mismo tiempo, tener el Cristo allí, era conservar la evidencia del delito, la innegable prueba de la fechoría; y D. Gelasio, en noches de insomnio, sen-

tía pesar sobre su corazón el cuerpo inerte del Cristo, y en medio de las tinieblas creía palpar á su lado unos brazos duros, y unas barbas finas, espesas, como cabellera de mujer. Por eso últimamente se había propuesto no bajar á la cueva, donde quedaban todavía rastros del botín, algunas joyas de las más conocidas, que podían delatarle. «Nuestro Señor de las barbas me ha de castigar», pensaba, fundado en frío su tor. Y en efecto, llegó la hora del castigo.

Nada tan peligroso como la fama de rico en la aldea. Al confirmarse la sospecha de que D. Gelasio poseía un tesoro, los ladrones de la comarca abrieron el ojo y meditaron un golpe. Organizóse una gavilla sólo para asaltar al ricachón solitario. En la noche más cruda del invierno penetraron enmascarados en su vivienda; le ataron, y con amenazas y refinados tormentos le obligaron á que revelase el escondrijo del tesoro célebre.

Como ya no quedaba de él sino lo de la cueva, al hincarle lancetas de caña entre las uñas tuvo D. Gelasio que guiar allí á los ladrones. Distingúase en un rincón la forma del Cristo encubierto por su sudario, y Garroso presenció cómo los bandidos rasgaban el paño polvoriento y descubrían la sagrada efigie, cuyas barbas le parecieron desmesuradas, formidables. Los facinerosos, chasqueados, dieron una patada al Cristo, y blasfemando exigieron el oro y las joyas. Entonces Garroso, en vez de señalar el rincón donde había soterrado lo que aun poseía del tesoro, arrojóse sobre la ultrajada imagen, besándola con delirante arrepentimiento. Y los ladrones, que temían ser sorprendidos, porque los perros ladraban frenéticamente, apoyaron en la sién de Garroso el cañón de una carabina, dispararon... y el cadáver del criminal, perdonado sin duda ya por la justicia celeste, rodó al lado de la efigie, bañándola en sangre.

Emilia PARD. BAZÁN

TROTANDO

Labraba su huerta, labraba su huerta con amor. Cuando se la arrendaron era un campo seco y polvoriento. Desvencijada la casa, mustios los árboles, sin huellas los senderos, borrados por el polvo y los yerbajos.

Trabajó un año, trabajó dos, trabajaba sin descanso, y la casa y la huerta empezaron á sonreír con el verdor de las plantas, el amarillear de los frutos y el cantar de los pájaros. Los viajeros del ferrocarril, el cual pasaba paralelamente á la huerta, veían al mocetón, de pie en el campo, la azada al hombro, contemplándolos con mirada de rey, con cierto aire de conquistador... y es que se figuraba que le pertenecía todo aquel campo, puesto que lo había hecho, á semejanza suya, fuerte y lozano.

Para completar sus dominios creía Juan que le faltaba un trofeo: el corazón de una mujer... ¿Cuándo y cómo nació en su espíritu tan desapoderado deseo de conquista? No lo hubiera podido precisar el mismo Juan. Recordaba, sí, que una noche, estando de sobremesa la familia, dijo bruscamente el padre:—«Ya no te falta más que una cosa para ser hombre hecho y derecho: casarte.» Y recordaba también que al día siguiente, cuando salió á la alameda de árboles frondosos sobre cuyas ramas saludaban los pájaros la llegada del buen tiempo, echó de menos, sin saber por qué, en el balcón de la casa, una silueta de mujer que le dijera «adiós», confortándolo en el trabajo, con las manecitas de un chiquillo fuerte y lozano como él y su huerta.

No tardó mucho tiempo en escoger. Tomó mujer como quien toma un ramo del campo, la que le pareció más fragante, la que le hizo sentir un olor más grato. En Bougy, su pueblo, había una muchacha con todo lo que, á juicio de Juan, necesitaba de presente, y con todo cuanto ambicionaba para el porvenir. Ni aldeana ni señorita, ni ignorante ni bachillera, maja y sazónada como el que más de los frutos del huerto; no haciendo ascos al trabajo, pero no atreviéndose á salir, siquiera fuese al portal, sin alisarse previamente el pelo y sin ponerse los mejores trapitos de la cómoda. Gran ventaja—pensaba Juan en su ambición de conquista,—porque voy subiendo, y... ¿quién sabe?... ¿quién sabe?...

Se casaron por lo canónico, por lo civil, de todos los modos, por todas las leyes divinas y humanas, y la boda, verificada á principios de invierno, cuando la naturaleza iba cayendo en la sombra, fué á modo de aurora boreal que alumbró la casa, los árboles, la escarcha en que desaparecía poco á poco, temblando de frío, la hermosa huerta.

Para Juan no fué luna, sino todo un cielo de miel. El día se le figuraba eterno, porque los separaba el trabajo, y cuando volvía, corriendo como un chiquillo, se la co-

mía á besos, y luego, de sobremesa, leían entre caricia y caricia el *Petit Journal*, gozando él con ver reflejado en los ojos de ella el asombro que le producía la perspectiva de París deslumbrador y triunfante.

Los tiempos cambiaron, pero no en el sentido que esperaba Juan. El propietario de la huerta le dijo un día, «cuando menos lo pensaba»: «¿Sabes que mi hijo, el que está en París, volverá este verano? Voy á ponerle en posesión de toda la finca. Necesito, pues, la huerta, y te lo aviso desde luego porque el arriendo termina en 30 de Junio. Tienes tiempo de sobra para buscar otra cosa.»

Fué como si le hubieran dado un golpe de maza en la nuca. Paró atónito, sintiéndose desfallecer, con las piernas temblorosas; y luego, pasado el estorpe, sintió que le subía del corazón un torrente de odio, una oleada de cólera, toda la protesta, largo tiempo reprimida, del siervo de la gieba contra el señor feudal.

«¿Cómo!... Aquella tierra que labró y fertilizó y rebizo, aquella tierra que fué su primer amor y que entrañaba toda su esperanza, ¿no era nada para él y lo era todo para otro?... ¿Sería cierto que tenía, de grado ó por fuerza, que entregarla á un adivenidizo, que no la conocía siquiera de vista, como quien entrega la mujer propia al primer hombre que pasa por la calle?...»

Lloraba, lloraba mucho, como si al quitarle su huerta se le acababa el mundo y no tuviera tierra donde ponerse.

La despedida fué un dolor. Dijo «adiós» á los árboles, á las plantas, á los frutos que había cultivado para que los disfrutase otro, ese otro invisible que lo podía todo en la huerta de sus amores.

«Este prado—pensaba al pisarlo por última vez—era un barbecho. Yo lo hice fructífero aprovechando las aguas del río. ¡Cuánto trabajo! Poner la noria fué para mí obra sobrehumana; comprar un caballo, esfuerzo gigantesco; y con mi voluntad, la noria, el caballo y el agua, hice aprovechable lo que no servía absolutamente para nada...»

«Y estos perales exquisitos, gracias á los ingertos que hice, y estas ciruelas claudias, y estas manzanas, y esa senda cuajada de fresas y fresones que no se conocían en la comarca...»

Quedó pensativo. Unas abejas, sus abejas, que guardaban bajo techado muy ricas mieles, pararon zumbando sobre su cabeza. Las siguió á través de un rayo de sol y, arrebatado por el vuelo de los insectos, fué á fijar la vista en un jardinillo que había hecho brotar en un recodo á la entrada de la huerta. ¡Cuán hermoso le pareció entonces aquel raconcito de flores bajo la fronda de los árboles, qué bien se estaba allí! Y luego, que fué en aquel sitio donde la besó por primera vez en la boca con el pretexto de quitarle una cereza...

Este recuerdo ensombreció el espíritu de Juan. Asaltóle la idea de que al desprenderlo de su huerta le desprendían también de su mujer, de todo cuanto amaba en el mundo; experimentó una sacudida tan terrible como la que sigue á una amputación, y volvió á llorar de nuevo, á llorar mucho en silencio...

Después, de regreso á su casa, desfallecido y extraviado, buscó con ansia en el balcón la silueta de la mujer con las manecitas del chiquillo; pero no estaba allí, ó se había confundido tristemente con el borroso horizonte.

La vida fué dura desde entonces. «Todo estaba muy malo» y era preciso inventar oficios para seguir viviendo. Negoció en patatas que compraba y revendía, negoció en yerba para abastecer los mercados exhaustos, andaba de pueblo en pueblo husmeando compradores y ofreciendo su negocio. Pero, así y todo, ¡qué vida tan dura aquella vida!...

Y así debía parecerlo, por lo menos á su mujer, que estaba contrariada, tristora, sumergida en un silencio que tenía tenebrosa perspectiva de remanso. Aquella buena moza, que nunca se había entregado con amor á la tierra, huía instintivamente, con desprecio y asco, de los sacos de patatas y de los carros de yerba. Á medida que el hombre se encallecía en la labor ingrata, la mujer se afinaba en la holganza, y encastillada en su balcón absorbíase en las aventuras que el *Petit Journal* le contaba diariamente de aquel hermoso París que no había visto, y que ya no vería nunca...

Descuidado el niño una tarde, rodó por la escalera y se hizo en la frente una profunda herida, siendo recogido por el padre, que le dejó todo de la mano. Aquello no era cosa de cuidado, pero hacía falta ir á la botica, y mientras él acudía presuroso con todos los remedios que había en la casa, ella empezaba tranquilamente á alisarse el pelo y á mudarse el traje.

—Pero, ¡mujer!—observó él con franca cólera.— ¡Si te dicen que necesito los óleos de prisa y corriendo, no saldrás por ellos sin hacerte la *toilette!*

Ella no dijo nada. Lo miró friamente, como si mirara una cosa muy lejana, perdida en el vacío.

Otra tarde, de vuelta del trabajo, «cuando menos lo pensaba», Juan vió de repente en su cuarto solitario unos garabatos que le entraron enseguida por los ojos.

«Estoy causada de esta vida... No me esperes más... Me marchó...»

Era una burbuja del remanso.

Juan lo veía sin poder darle crédito. «No me esperes más... Me marchó...»

También él quiso marcharse, y abrió la ventana con intención de ahalararse por ella y romperse el cráneo en la vía; pero aquel instante de desesperación fué retenido por una voz. Miró. Y vió al niño, agrandado, inmenso, llenando toda la soledad del hogar.

Las comadres de la rue Montmartre le conocían mucho y comentaban la ocurrencia mientras llenaban cucuruchos de papel blanco con doradas patatas fritas que vendían á los transeúntes madrugadores.

«¡Demonio con el señor Juan! ¡Pues no había dejado los negocios, el pueblo, todo cuanto tenía, por venir á París en busca de su mujer, de la *indiana* de su mujer, cuyo paradero se ignoraba por completo! ¡Y el buen señor Juan empeñado en que estaba allí, escondidita, que no podía estar en otra parte, que París la había atraído con sus ojos de boa y se la tragaba alegremente! Era delicioso aquel Juan, especie de *bon homme*.

Los *souteneurs*, á quienes contaban el lance, reflejaban un asombro raro en sus fisonomías patibularias, y hacían silbar las lenguas con el particular chasquillo de la chulapería regocijada. ¡Qué papanatas el tal señor Juan! ¡Buscar la mujer propia donde había tantas ajenas! ¡Buena tontería!

Juan olfateaba las faldas de su mujer, faldas tanto más deseadas por él cuanto más dispersas estaban á lo largo de la gran ciudad. Lo primero que pensó, pensando piadosamente, fué que había entrado en un taller de obreras. No era posible otra cosa, y, creyéndolo á ciegas, recorrió tienda por tienda las de los barrios esencialmente obreros, como Montmartre. Lo malo era que no había por allí rastro ni olor de su mujer.

Desanimado en sus pesquisas, pensó andando el tiempo—aunque sentía frío en el corazón y le daba horror el pensar en ello—que su mujer tenía un amante; y desde Olympia al café d'Harcourt, desde los cafés cantantes de los Campos Eliseos hasta el Moulin Rouge, recorrió los sitios alegres, teatros, conciertos, bailes, todos los espectáculos que constitulan los *plaisirs du jour*. Era un andar de *Juño Errante*, andar continuo al azar, inútil siempre.

Por entonces se descubrió en un *hangar* de la rue Botzaris los trozos sangrientos de una mujer descuartizada; Juan acompañó á los vecinos y policías que recorrieron con perros de caza, buscando los miembros que faltaban, todos los alrededores de la apartada y silenciosa calle, y se distinguía entre los más asiduos concurrentes á la *Morque*. Quiso ver los restos, y creyó reconocerlos. Sí, aquellas piernas eran las de su mujer, «no había duda.» Se desmayó de susto, y, al recobrar el conocimiento, confesó que le habían engañado las apariencias. No, aquellas piernas mal formadas no eran las de su mujer. Eran otras, indudablemente.

Se hizo presentar al prefecto Gorón, y formó en la inacabable comitiva de maridos que iban á la prefectura, con motivo del descuartizamiento, á contar que sus mujeres se escaparon en tal ó cual fecha, siempre remota, y no dejó ningún día de hacer las mismas indicaciones y preguntas. Gorón, que lo inspeccionaba detenidamente, acabó por decir:—«Si este hombre no es tonto, le falta poco para estar loco.»

Desanimado nuevamente, puso su última esperanza en el asfalto del boulevard. La idea le repugnaba. Su mujer... El boulevard... Era horrible la sospecha.

Pasó meses enteros entre la Magdalena y la Bastilla, y viceversa, recorriendo luego todos los boulevards, sin exceptuar los exteriores. ¡Trotaba, trotaba siempre!...

Era un conocido de las alegres muchachas de todos los *cartiers*, á las cuales dió miedo en un principio, porque se acercaba á ellas cautelosamente, mirándolas, una á una, con ojos de loco. Le tomaron por el *Destripador*, singularmente cuando la prensa dió la noticia de que había detenido á una mujer sujetándola fuertemente por los brazos mientras gritaba:—«¡Ya te tengo, infame!...» Convencidas más tarde de que era un chiflado, lo acribillaron á burlas, y concluyeron por compadecerse de su chiflatura, la cual les inspiraba una especie de sentimiento romántico que desaparecía pronto, borrado por las pisadas que daban al galopar en el *trottoir*.—«¡Oh, el pobre señor

Juan, buscando, buscando siempre en París á la mujer honrada!...»

Era el eterno viaje á lo desconocido, al ideal nunca alcanzado, á la región inexplorada, algo así como una expedición al Polo Norte del amor... Aquel viajero extraño é infatigable consiguió al fin dar risa á todas las personas que le tropezaban en la calle. Una vaca, que se asustó al verle en Montrouge, sacudió las campanillas y levantó una pata trasera.

La cosa, ó Juan, no era para menos. Se paraba de repente en la calle, abría extraordinariamente los brazos, como un crucificado, y los cerraba con fuerza invencible, gritando:—«¡Es mía; la tengo!»

Al amanecer de un día de invierno lo encontraron así, en un puente del Sena, recostado en una pilastra, pero rígido, con los ojos vueltos hacia Bougy, con los brazos agarrotados sobre el pecho como si quisiera expresar con aquella suprema convulsión de la muerte:

—¡La tengo! ¡Es mía!...

Luis BONAFUOX

Chispas

Pasó el olor á incienso
y el olor á espinacas,
las flores todavía
el aire no embalsaman,
y sin embargo huele
y huele á cosa mala...
¿será verdad que hay algo
podrido en Dinamarca?

Si alguna vez en la *Gaceta* leo
—los fondos han subido—
¿qué fondos serán esos? me pregunto
viendo bajar los míos,

Libro sin duda barato
es *El Practicón* de Muro;
asombra que por un duro
se pueda dar tanto plato.

Para el que sabe escoger
¿qué es lo más que suele haber
detrás de un rostro hechicero?
Cero.

¿Y dentro de un mercader
que menesteroso ayer
hoy tiene una millonada?
Nada.

Entre las de los vivos
y los difuntos,
van teniendo las cruces
un gran consumo.
Las del pecho merecen
mi enhorabuena,
¡mas, por Dios, no se olviden
las de la tierra!

Manuel del PALACIO

MADRID

EL ROSTRO DE NOVELLI

Lo consigno con profunda pena porque ha de saberse fuera de aquí, pero es lo cierto que el público madrileño no va á ver á Novelli, y confieso que me vería apurado si me preguntaran la razón que los *morenos* tienen para dejar desierta la sala de la calle del Príncipe.

Cuando Ermete Novelli vino á Madrid hace seis años era un gran artista; hoy es un actor extraordinario, si este adjetivo ha de tomarse sin tener para nada en cuenta el abuso que de los adjetivos hacemos aquí.

Novelli tiene una cualidad sobresaliente, y que á mi juicio es, sobre todas las demás cualidades suyas, la que desde luego impone vigorosamente su personalidad en la escena: el rostro. El rostro en este cómico excepcional es casi todo y no es jamás el mismo; es una cara de goma por lo que cede y se encoge según los diversos afectos del personaje, una fisonomía que parece misteriosamente articulada y fuera de las leyes fisiológicas. Y como el rostro es cuando menos la mitad del arte del cómico, de aquí deduzco que Novelli hace las comedias con la piel de las mejillas, el relieve de la nariz, el movimiento de los labios, el arquear de las cejas y una maravillosa manera de mirar.



Madrid popular

LOS MERCADOS



Ayuntamiento de Madrid

LOS MERCADOS



AJUSTANDO LA HORTALIZA

Ayuntamiento de Madrid

Este dominio absoluto de la cara, esta maestría inimitable del rostro me hacen pensar en esta contradicción: Novelli no tiene fisonomía propia; alguna de las muchas que exhibe en las tablas es la suya, pero ¿cuál? ¿la del codicioso Sylock? ¿la del truhán Petruccio? ¿la de Hamlet? ¿la bondadosa de Durand, padre? No se sabe, porque cuando Novelli, después de lavado y despintado, sale á la calle, tiene la cara de todo el mundo, una cara cualquiera, sin expresión determinada, dentro de la cual van cuidadosamente escondidas todas aquéllas.

No quiero ni debo rebajar una línea del mérito de muchos y buenos actores españoles, pero sinceramente diré que en ninguno de ellos encuentro rastro del procedimiento de que Novelli se vale para marcar diversas gradaciones dentro de un sentimiento; hacer ver al exterior y por la elocuente expresión de la fisonomía aquel supuesto sentimiento, es obra de arte para un actor ó una actriz seguros de sí mismos, pero el refinamiento de esta obra artística parece costumbre en Novelli.

Los matices, la *nuance*, ese detalle difícilísimo, es el arte supremo de este artista. La sorpresa, por ejemplo, recorre en su rostro una escala muy extensa: la sorpresa dolorosa, la sorpresa llena de remordimiento, la impregnada de dulzura, la producida por el terror, la fingida... no son jamás en él una expresión única, sino varias, dentro del movimiento fisionómico absoluto de aquel sentimiento; depende esta prodigiosa variedad de algo que no se explica bien el espectador, pero que claramente se percibe: de la mayor ó menor abertura de los ojos, de un levísimo movimiento en la comisura de los labios, de mayor ó menor fijeza de las cejas, tal vez de todo esto combinado, efectuándose á un tiempo, como producto de arte instintivo ó de arte adquirido.

Nada significa por esto el afeitado del rostro y la adición de pelo con que Novelli se caracteriza, y que sirven sólo como una indicación para el público, que necesita saber si el personaje representado es joven ó viejo, feo ó bonito, á tal punto, que si fuese posible romper con esta convención escénica y pudiera Novelli salir con la cara limpia de alifios, creo yo que el efecto habría de ser mucho mayor.

La decisiva influencia que para mí tiene el rostro de Novelli en su manera de ser artística es fácilmente demostrable para el lector, si éste se fija en dos tipos extremos de su repertorio y se da cuenta de la enorme dificultad que supone hacer el rostro flácido, apenado, melancólico de *La muerte civil*, para que en él aparezcan naturalmente y sin esfuerzo las luchas de aquel desventurado presidiario, y borrar luego del todo, como se borra una figura trazada al yeso sobre un encerado, esta fisonomía atormentada por el mayor de los dolores, para dibujar con iguales elementos y en el lugar mismo la cara plácida, vanidosa y sugestivamente cómica del suegro en *Durand y Durand*, poniendo entre ambas, y salvándolo sin esfuerzo, el abismo que separa sentimientos tan diversos como son los que vibran en personajes tan desemejantes.

El estudio completo de este artista extraordinario habría de comprender, naturalmente, su personalidad artística completa, el examen de su voz, de su actitud en cada género y en cada personaje, su cuidado de la indumentaria, todo lo que el actor pone de sí mismo en la interpretación de la obra del autor, y que en Novelli adquiere proporciones de colaboración.

Para esto es poco el espacio de un artículo como éste, en el que sólo me he propuesto hacer notar al público, que con tan grande injusticia abandona á Novelli, la cualidad sobresaliente de esta personalidad artística, superior en medios de expresión y en extensión de facultades á los grandes trágicos italianos cuyo recuerdo no se ha borrado todavía de la memoria del público madrileño.

Federico URRECHA

EN EL LAGO DEL MONASTERIO DE PIEDRA

—¡Hermoso lago!
—¡Qué bien se reflejan en él los cerros que lo limitan, los árboles de sus riberas, el azul del cielo!
—No quebran ni enturbian tan claro espejo las muchas plantas de matiz diverso que brotan del fondo.
—Espejos fieles son casi todos los lagos. En alguno debió de reconocerse el hombre por vez primera.
—En un lago del Paraíso donde iba á morir un arroyo dice Milton que Eva, á poco de nacida, vió un ser que reproducía sus movimientos. Asustóse de pronto, y estuvo después absorta hasta que una voz la dijo: «Eso que ves, hermosa criatura, eres tú misma; ven y te llevaré adonde no sea una sombra el ser que te anhela.»

—Murmuraba el arroyo de que habla Milton; entran aquí silenciosamente, en el lago, aguas no menos puras. Ve cómo corren entre esas rocas.

—¿Sólo de ese raudal se alimenta el lago?

—Hay en el lecho otros manantiales. Más allá de ese rústico puente de leños que enlaza las dos orillas, cerca de los sauces que tan dulcemente besan las aguas, hay uno á que da el sol de la mañana ricas vislumbres y bellísimos colores. Rodéanlo peñascos cubiertos de musgos verdes como la esmeralda.

—Es grande el lago.

—Grande no; ¿qué es comparado con los de Italia, Suiza, Rusia, Africa y América? Es poético, no grande. Hélo aquí dormido en la garganta de dos montes, sin que apenas lo rican las brisas, sin que le turben la quietud sino el canto de algunas aves ó el graznido de los cuervos.

—Á la luz del crepúsculo, á la de la luna ó bajo cerradas nubes debe esto ser más miedoso que poético.

—Más poético que ahora. No se hace entonces difícil comprender que los antiguos quichés llegaran á ver canoas de espectros deslizándose calladamente por las aguas del Ilopango.

—En América, los lagos ¿son mares?

—En América y en Africa. En la América del Norte, el lago Superior mide, donde es más largo, 572 kilómetros; donde es más ancho, 258; de profundidad media, 295. Tiene oleaje; sus olas son casi tan altas como las del Atlántico. Padre de otros lagos, desagua en el Océano por el río de San Lorenzo.

—Muchos serán sus manantiales.

—Ignoro si los tiene. Cuarenta ríos le dan tributo.

—¿Es diversa la alimentación de los lagos?

—No tan diversa como algunos suponen. Viven los lagos, ya de caudal propio, ya de caudal ajeno, ya de caudal ajeno y propio. Prescindo de los que sólo alimenta la lluvia y de los que no son sino rebalsas de ríos, á los que corta el paso una muralla de rocas. Rebalsanse estos ríos hasta vencer el borde superior de la muralla ó hasta donde lo exige la estrechez de su desagüero.

Diferéncianse los lagos bajo otro punto de vista. Los hay que son sepulcro de los ríos que reciben; los hay que son fuente y origen de nuevos ríos; los hay que á ríos sirven de paso. Por el lago de Ginebra pasa el caudaloso Ródano.

La acción del lago sobre los ríos es en este caso notoria. Pierden los ríos velocidad, se desprenden de las materias que arrastraron en su más ó menos impetuoso curso, y salen del lago más limpios y transparentes. El agua es mucho menor; tanto, que es casi nulo el del río de San Lorenzo.

Diferéncianse además los lagos por su origen. Datan algunos del anterior período geológico, de los tiempos glaciales, y se los supone debidos á la acción de los grandes hielos; derivan otros de antiguas erupciones volcánicas. Figuran entre los primeros los de Suiza, los de la Escandinavia del Mediodía y los de Finlandia, la mayor parte de los de Escocia y el Norte de Inglaterra, y, en general, los muy profundos y de escarpadas márgenes. Figuran entre los otros los de Albano y Nemi, abiertos en el flanco occidental del Monte-Cavo, y al decir de Judá, los de Fracciano y Bolsena, el uno de 10 kilómetros de diámetro; el otro de 16 de longitud por más de 14 de anchura.

—¿Lagos debidos á volcanes! ¿Agua debida al fuego!

—Los volcanes, en sus sacudimientos, alteran las condiciones de las tierras vecinas. Aguas que antes corrían subterráneamente, rasgada la costra que las contenía, salen á la superficie. Hay lagos en los mismos cráteres de algunos volcanes. No hace dos siglos y medio, el año 1638, saltó el pico de Timor, faro de los marinos á 450 kilómetros de distancia, y apareció un lago en la cima que la explosión produjo.

—Maravillado estoy de oiros. ¿Son eternos los lagos?

—No hay en la historia noticia de que ninguno de los grandes lagos haya desaparecido. Hánse retirado algunos y han disminuido en aguas. Esto ha sucedido con los del valle de Méjico, aun antes de haberse abierto el canal de Nochistongo.

Un lago recuerdo que desapareció de súbito hace poco más de un siglo. El año 1783, en los últimos días de Mayo, cubrió una niebla azulada las cumbres del Skapta-Yocul, montes de Islandia, nunca por nadie pisados. Tembló á poco la tierra, y el día 8 de Junio alzaronse al Norte inmensas columnas de humo que, dirigiéndose al Sur dejaron en la oscuridad todo el distrito de Lida. Cayó entonces sobre la haz del país un torbellino de cenizas de que el día 10 brotaron llamas sin número, que iban sin cesar alumbrando las nevadas vertientes de la cordillera. Desapareció en tanto el río Skapta, uno de los mayores de la isla, después de haber arrastrado por la llanura enormes volúmenes de agua fétida y todo volcánico.

A los dos días empezó á caer de los altos montes un torrente de lava, un torrente que tenía más de seiscientos

pies de espesor y más de doscientos de anchura. Invarió el ya seco cauce del río; no cabiendo en él se derramó por ambas orillas; y después de haber quemado y asolado las bajas tierras de Medálland, se precipitó en un lago. El lago, con ser grande, quedó al punto sin agua. El agua se desvaneció en los aires hirviendo y silbando.

—¡Basta! ¡basta! Tú, humilde lago de Piedra, no tienes volcán que te amenace. Aunque lo hubiera, no hallaría cauce de río por donde llevar hasta ti sus torrentes de fuego. Llámante el lago de la Peña del Diablo, porque mansamente lames los pies del rojo peñón de este nombre; deberían llamarte el lago Oculto ó el lago del Silencio.

De ese manantial que te alimenta permítete que llene mi copa y en ti la vierta. No hallo para el agua ofrenda mejor que el agua. Todo lo alegra y todo lo fecunda. Limpia los cuerpos y para casi todas las religiones las almas. Se une con lo puro, repugna lo grasiento.

—También yo amo el agua. También yo la tengo como Pindaro por alto don de la naturaleza. Agua limpia en limpio cristal es para mí el colmo de lo bello.

—Agua y cristal ¿son tan parecidos! Ambos son de un color, ambos transparentes. Ambos descomponen los rayos del sol en los colores del Iris.

—Sí, hija mía, sí; el cristal no parece sino agua estibada; el agua no parece sino cristal líquido. Bebamos de esa fuente y demos la vuelta al lago.

F. PÍ Y MARGALL

SABIDURIA

Hijo Federico Soler de este siglo, que tanto ha demolido con su crítica positiva y que tan poco ha creado con su minucioso análisis, estaba borracho de ciencia á los treinta años de edad; creía que la sociedad era medianamente de virtudes, y que el amor lo sienta de labios á fuera, y eso tratábase de cosas reales en la acepción material.

Lo sobrenatural, aquello que es superior á cada ser, lo colocaba en el número de los elementos sugestivos, y en fuerza de despoblar el cielo de sus leyendas divinas, acudió á la investigación positiva para explicar las impresiones del afecto, los furiosos del odio, las complicadas curvas de las ideas y la purísima ilusión del arte. A su atrevido llamamiento, respondíale el misterio con sus sombras espesas, no las soñadas cortidumbres; y la irritación que en el ánimo le producían sus defeciones, lo hacía exclamar, en esos momentos en que nuestro espíritu permanece solitario y como desprendido de lo contingente: «¡todos somos huérfanos!»

«La fisiología me enseña que el amor subsiste al comer mucha carne y dormir diez horas al día, no vive de espezismos ni de afectos azules; la psicología manifiesta que el odio es la consecuencia inmediata de la simpatía; la teología prueba que las ideas son un producto del misterio cerebral y del sistema nervioso; las clarividencias del alma son impresiones reflejas, naturales, y la vida es el funcionamiento de la materia organizada según Moltchott. No obstante, muchas veces siento latir el corazón á impulsos de amores platónicos, metafísicos; doy expresión imperfecta á no pocas ideas r. mánticas; de jome conducir de nobles impulsos, y alardeando de indiferentismo religioso, busco una fórmula que me ponga en relación con el infinito. La voz profética que oyeron algunos romanos viajando desde Egipto á Italia, hallándose cerca de las islas Melinadas, anunciándoles que gritaran al encontrarse junto á la laguna: *El gran Pan ha muerto*, todavía resuena en la conciencia humana, diciendo con acento sílítico: «Los dioses han caído de los profanados altares, pero resucitarán, y con ellos el arte y la esperanza de dar con un porvenir mejor.»

«Tan hermosas idealidades nacen del misticismo heredado, que guarda rápidos socios, comparables en lo breves á la ola que riza la superficie del mar, y murmurante, desaparece en la playa, recitando al besarla incomprendible estrofa. Sin embargo, la existencia sería un desierto sin el ideal. ¡Es tan consolador reconocer que hay un principio al cual podemos invocar en las tribulaciones, es tan grato creer en lo suprasensible que despeja las nieblas del dolor, olvidar las penalidades de la vida diaria, y con llevar resignados las asperezas de la vida, que, borradas semejantes entidades de la conciencia, difícilmente tendríamos en mediano estado fisiológico el cuerpo, máquina que sustenta el alma.»

«Después de sentir los ensueños de la edad de las pasiones fervidas, después de tanto colorín como vislumbrosos, viene la vejez, la tristeza, la aparente nada del no ser. En esto para el trabajo eterno de la juventud inmortal: la belleza ó la confianza que aceleran los movi-

mientes del corazón y que ensañan el dominio sin límites del pensamiento.

«Al igual de la superficie de la tierra, que desde el punto en que se hizo sólida ha revestido aspectos diversos para rodar, cuerpo inerte en el espacio al solidificarse los mares, quizás discursiva mi inteligencia verdaderos portentos, inquiera el conocimiento de intrincados problemas, esclavice la naturaleza tomándole sus fuerzas, pero de oprimirme el dolor, á mis ímpetus románticos sucederán las reflexiones melancólicas que siempre ofrecen esta conclusión: «Desconozco las causas de la muerte, no sé por qué morimos; mis anhelos, mi labor, puede ser inmortal como los átomos que componen la materia, pero quiero morir, alcanzar la felicidad inmensa de no tener frío en las carnes, dudas en el ánimo, ni recuerdos en la mente.»

En punto á lo establecido en el orden moral, discursiva Sóler conceptos peregrinos.

«Los delincuentes de frac—decía en momentos de mal humor—hablan de la rectitud de sus miras, y á diario sacan á relucir la lista de sus aventuras, que suelen ser dignidades narradas con ingenio y sin sintaxis. La Humanidad tiene de bueno que está llamada á desaparecer apenas el sol le envíe el último de sus besos de fuego.

«Las preocupaciones, más que la fatalidad y los vicios, esas corcovas de la virtud, han hecho semejantes la naturaleza física y la naturaleza ética. El corazón también tiene su lepra.

«El amor es para muchos un niño alado, y como tal, anda falto de juicio y de decencia. En el mundo todo tiene su precio. Llaman placer á la orgía y á la risa manchada de vino; el cariño es simplemente una costumbre; el desprendimiento una vanidad pueril; la abnegación, un modo de alcanzar que el hijo de mi madre ande en lenguas de la gente; la caridad, elogio pagado se me antoja; la gloria un sol que calienta á los muertos; honrado apellidan al que pudiendo hurtar diez cosas, sólo pone las manos en una, y la virtud es un defecto fisiológico. En cuanto al crimen, es un bien, pues tanto vale el que hiere como el herido.

«Reconozco, empero, que en los seres orgánicos hay una fuerza especial, y que la vida no es un resultado de la presencia simultánea de las moléculas que constituyen el cuerpo animal ó vegetal. Dispongo de carbonato de amoníaco, cloruro de potasio, fosfato de sosa, cal, magnesia, hierro, ácido sulfúrico y silice; soy dueño del principio vital completo de las plantas y de los animales, y no puedo crear una flor, una mala mosca ni un enclenque muñeco racional. Del fondo de las retortas no salen los seres. Solamente en la fantasía de Goethe pudieron cristalizarse las sustancias que engendraron al luminoso Homúnculo, sin que una linda pareja tomara arte ni parte en el desaguizado.

«Con tanto conocer los secretos de la química, capaz hoy de inventar los elementos orgánicos, como el azúcar, la urea, la taurina, el ácido fórmico, etc., y haberme pasado las noches en claro, buscando la verdad en los libros, ni sé lo que son las cartidumbres, ni he sabido nunca qué cosa sea el ser pensante hasta enamorarme de mi chiquilla.

«Sus desdichas, que nació estrellada, y mis desilusiones, nos han unido, y desde que admitió mi rendimiento he venido en conocimiento de las verdades todas, leyendo tan sólo en el hermoso libro de sus ojos de color de cielo.

«Al presente sé más que los mismos sabios. Sé que los seres nacen del amor, como el infortunio de tocar desdichas; que mi alma toma parte activa en nuestra pasión sincera, y que desconociendo ella las profundidades de la ciencia, labra mi dicha, cosa que ignoran los egoístas y los hombres cultos con tanto traer y llevar libretos en las manos. De puro investigar en el cielo de sus ojazos asesinos, creeré en el que se extiende encima de nuestras cabezas, prometiéndonos dichas sin nombre, y discurro que el mundo que necesitan los enamorados es muy pequeño; se reduce á una esposa buena y á tener hijos. ¡Dichoso yo, que á los treinta años de edad sé lo que es un ser, mejor dicho, amar macho!»

E. ALONSO Y ORERA

Alrededor del mundo

SUMARIO

Al Polo Norte en cincuenta días.—La empresa de un periodista yankee.—Su plan.—Camino de Noruega.—Cómo respiran las mujeres y cómo respiran los hombres.—El queso de la uva y su aprovechamiento.—Las tarjetas del kaiser.—La primera huelga conocida.—La segunda, y como cayó en desuso el sistema.

Un periodista norte americano, tipo completo del corresponsal en las novelas de Julio Verne, ha ideado el viaje al mismísimo Polo Norte en cincuenta días; y lo que

es más extraordinario aún, se halla en camino para intentar (él, dice (realizar) la empresa.

El día 14 salió de Nueva York para Noruega, donde se embarcarán para Spitzberga él y sus compañeros de excursión: éstos son dos profesores yankees, un fotógrafo y dibujante de la misma nacionalidad y diez jóvenes noruegos, gente de ciencia unos y avezados otros á los viajes árticos. Total, catorce hombres.

En un barco de vela de poco tonelaje pero muy resistente, saldrán de Tromsø para la isla Dane á principios de Mayo. La isla Dane dista sólo algunas millas del grado 80 de latitud Norte, y á menos que el tiempo sea muy inclemente puede llegarse á ella en el barco. Allí dejará la pequeña expedición provisiones para un año como medida de precaución, y dos hombres que custodien el almacén. Después, en botes de aluminio de nuevo diseño, construidos en Baltimore, que sólo pesan 400 libras y que se contenten en trineos con sólo añadirles un par de cuchillas, emprenderán los doce expedicionarios restantes la marcha acelerada al Polo.

Para el 15 de Mayo espera estar el periodista yankee en el borde de los grandes ventisqueros polares, y avanzando á razón de veinticinco millas por día en los trineos, calcula que á los cincuenta días habrá puesto la planta en el Polo Norte.

Regresará en el mismo espacio de tiempo, y he aquí como allá para Setiembre ó Octubre de este año, vendrá probablemente á maravillarse al mundo un telegrama de Tromsø anunciando que un periodista yankee ha realizado en cuatro meses, y con la facilidad de quien se bebe un gin cock-tail, la empresa que desde hace siglos viene desafiando el valor, el saber y el dinero de las más poderosas naciones marítimas.

Una vez demostrado que todo eso de que no se puede llegar al Polo es una leyenda inventada por cuatro asustadizos que se dejaron morir de frío por no avanzar, Welman el periodista yankee se dedicará á guiar caravanas Cook al Polo, y sus conciudadanos le levantarán estatuas por haber abierto el camino á un nuevo campo de excursiones veraniegas. Para Noviembre próximo ya estará constituida la sociedad que haya de construir el Great North Pole Railroad, y para el verano siguiente habrá en el mismo Polo mejores hoteles que en Rhode island y en Saratoga.

*

Las mujeres no respiran de la misma manera que los hombres.

Mientras ellas mueven el pecho para respirar, nosotros movemos el diafragma, que está más abajo.

Esta diferencia es tan marcada que ella sola basta para reconocer á una mujer vestida de hombre, por bien disfrazada que esté y por masculino que sea su aspecto físico.

La casi totalidad de los fisiólogos declaran que esta diferencia no es debida al sexo, sino á la costumbre de gastar corsé ó de oprimirse que desde tiempo tradicional tienen las mujeres. Cuando el cuerpo no está oprimido se mueve el estómago al respirar; cuando está oprimido se mueve el pecho.

*

Los vindicadores tienen una nueva materia que explotar.

Parece que el queso de la uva da un 12 por 100 de aceite excelente para el alumbrado y para el engrase de las máquinas.

Varios vinicultores italianos, después de la vendimia, han tratado este año de separar el queso del resto de la cascara, le han lavado, lo han secado y lo han llevado á los molinos.

El resultado ha sido un rendimiento de 10 á 15 por 100 de un aceite claro, incoloro, inodoro, de una densidad de 0,920, y por lo tanto se sostiene encima del agua, y que arde sin humo y da buena luz.

*

Un médico de Nueva York ha dado una lección á los colegas suyos que hacen experimentos con sus enfermos.

El doctor Moor se ha presentado ante una de las sociedades científicas de aquella ciudad declarando que había descubierto un antídoto infalible para el opio, la morfina y sus similares. A pesar de las protestas de cuantos se hallaban presentes, que no querían asistir á un suicidio, echó tres granos de morfina en dos copitas de agua y se las bebió. Inmediatamente después tomó cuatro granos de permanganato de potasa, también disueltos en agua.

Los otros médicos, que le estuvieron observando cinco horas, creyendo que no tardarían en verle morir, no descubrieron la menor alteración en la salud del doctor Moor.

Si non e vero...

*

El emperador Guillermo es hombre aficionado á singularizarse en todo, hasta en las tarjetas.

Las que gasta tienen cuatro veces el tamaño ordinario, y en ellas se lee en letras muy gordas: «Guillermo, emperador alemán y rey de Prusia.»

*

Después de haber hallado en China á los aluelos de nuestros anarquistas, y en París al autor de la primera máquina infernal conocida, los rebuscadores han descubierto dónde y cuándo se realizó la primera huelga obrera.

Fué en Alemania, en la ciudad de Breslau. Los obreros cerveceros abandonaron en masa el trabajo á consecuencia de una disputa con los patronos, nada menos que en 1370, hace 565 años, y se mantuvieron en huelga un año entero.

El ejemplo fué seguido cincuenta y seis años más tarde por los obreros herreros de Dantzig. Pero en esta segunda huelga intervinieron las autoridades y se publicó un edicto, en el que se amenazaba con cortar las orejas á todo obrero que se negase á obedecer á su patrón en las cosas del oficio.

El temor de perder las orejas fué tan eficaz, que los obreros volvieron en el acto á sus talleres, y no volvió á haber huelgas en larguísimo tiempo.

WANDERER

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Los oráculos consideraban antiguamente como un talismán á prueba de desdichas é infortunios, la siguiente combinación numérica:

4	9	2
3	5	7
8	1	6

Se fundaban en que sumados todos los renglones horizontales, verticales y hasta las dos diagonales, dan siempre 15, número de buen augurio para los hebreos.

Por más que nos quejemos de los tributos que se pagan en el día, distamos mucho de aquellos tiempos en que no había en España hacienda regularizada. El antiguo escritor Alvarez Osorio, escribiendo los fraudes de que eran víctimas los contribuyentes, dice que se repartían veinte al que no podía pagar cinco, y diez á los que podían pagar ciento, y que por cada ciento que se recaudaban se hacían mil de costas.

En tiempo de Guillermo el Conquistador no había en Inglaterra ni acomo de industria. Su comercio consistía en la exportación de cueros, pieles y otras primeras materias á cambio de tejidos que se traían de otras naciones. Los primeros tejedores fueron extranjeros, y para protegerlos se prohibió el vestirse de otros géneros que los del país. A esta prohibición sucedieron otras aún más absurdas. En la época de Enrique VII se estableció la tasa para todos los comestibles, y hasta para los objetos manufacturados. Se fijó el precio de los salarios. Se prohibió el préstamo á interés. Nada de esto sirvió para desenvolver la industria, hasta que se cambió radicalmente de régimen.

Uno de los episodios más curiosos á que dió lugar el predominio de los ingleses en el Indostán, fué el provocado por el director de la Compañía de Indias, Juan Child, en 1680. Este déspota se llegó á entregar á actos de piratería, apresando buques indios y apropiándose sus cargamentos. Pero el famoso Auvengzeb envió veintemil hombres á Bombay, derrotó á los ingleses y los sitió en la fortaleza de Mazagán. Juan Child ofreció someterse, y Auvengzeb exigió que se le presentara una comisión de ingleses á pedirle perdón con las manos atadas y prosternados hasta tocar con los rostros en el suelo. Así lo hicieron, demostrando que el carácter inglés llega á tanto amilanamiento cuando se siente débil como á implacable arrogancia cuando es el más fuerte.

El uso de la leche de burra se empezó á conocer en Europa durante el reinado de Francisco I rey de Francia. Desahuciado este monarca por sus médicos, fué llamado un judío de Constantinopla que tenía fama de gran doctor. El remedio que ordenó fué la leche de burra, con tan buen éxito, que todos los cortesanos se aficionaron á ella.

MADRID.—1894

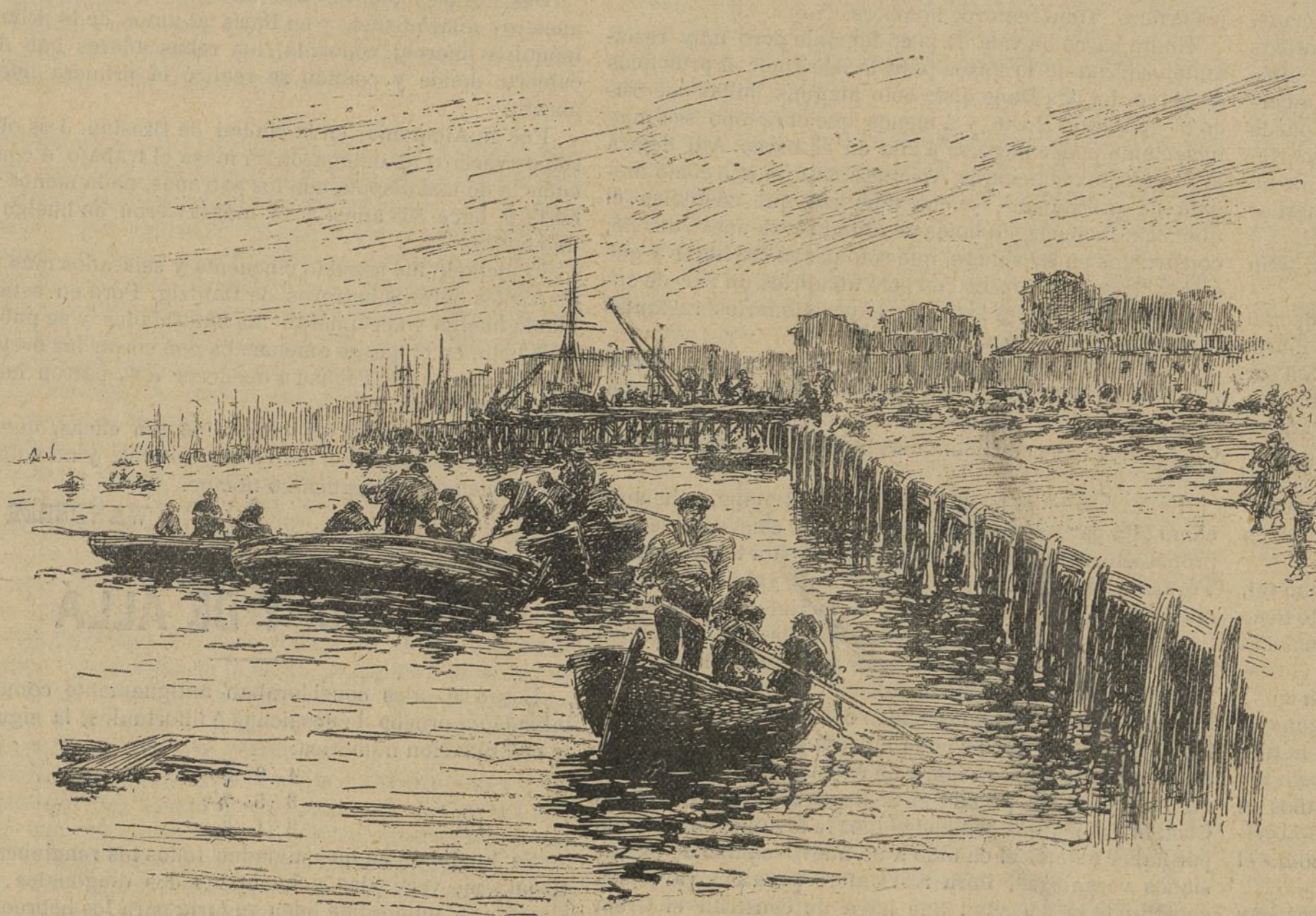
Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^{as}, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García.

LA EXPLOSIÓN DEL MACHICHACO



Buscando víctimas.



Trasporte de heridos.

La indignación popular.

